

# UNA HISTORIA SOCIAL

José BRAVO UGARTE

CONCLUYE CON ESTE TOMO la Primera parte de la *Historia moderna de México*, que corresponde a *La República Restaurada (1867-1876)*, y entra en juego un valioso grupo de jóvenes historiadores del Colegio de México, dirigidos por el entusiasta maestro don Daniel Cosío Villegas: Luis González y González, su esposa Armida de González, Emma Cosío Villegas y Guadalupe Monroy. Su tema es la *Vida social* durante la República Restaurada.

Divídese el tercer tomo en siete Partes: “El hombre y la tierra”, “El subsuelo indígena”, “La escala social” (las tres debidas a Luis González y González, excepto la sección “Los ceros sociales”, realizada por Armida de González), “La vida cotidiana” (por Emma Cosío Villegas), “La diversión compensadora” y “La instrucción pública” (por Guadalupe Monroy) y “Las letras y las artes” (historiadas respectivamente por la señorita Monroy y por Emma Cosío Villegas). Una “Tercera llamada particular” hace, como prólogo, su director don Daniel Cosío Villegas.

El mérito de este tercer tomo —como el de los anteriores— está en integrar la historia de México, aportando enorme material para un período imperfectamente conocido en algunos de sus aspectos. Gran laboriosidad y talento muestran los cuatro autores en la selección y exposición de la abrumadora materia. A Luis González le tocó elaborarla —en cuanto historiógrafo— en su mayor parte. Las coautoras lo hicieron también gallardamente.

Muchos son los aciertos. Pero hay también, a nuestro juicio, algunos desaciertos.

La atinada división de la “Historia política” en “República Restaurada” y “Porfiriato” no es aplicable a la “Vida social” ni a la historia de “Las letras y las artes”, que, como reconoce Emma Cosío Villegas al hablar de “Las artes plás-

ticas" (p. 800), no ofrecen suficientes caracteres propios ni materia bastante en los breves nueve años (1867-1876) que corresponden a esta parte.

Si en la *Historia social* —según la atinada observación del prologuista, p. xvii— "cuenta el grupo o la colectividad y poco o nada el hombre individualmente considerado", el lugar que corresponde a la historia de las letras y de las artes, constituida por los letrados y artistas individualmente considerados, no está dentro, sino fuera de la historia social.

El título de la Primera parte —"El hombre y la tierra"— no es adecuado; debería aplicarse también a las partes segunda y tercera —"El subsuelo indígena" y "La escala social"—, que se refieren igualmente al hombre.

Subsisten —aunque en menor escala que anteriormente— los títulos o subtítulos innecesariamente oscuros: "Aduana", p. 3, en vez de "Introducción". Hay que meterse tierradentro de "Tierradentro", p. 18, para saber que se trata de Baja California, Sonora, Sinaloa y Chihuahua.

Merecerían estudiarse por separado la historia internacional y la historia religiosa de México, hasta ahora insuficientemente tratadas. No se incluyen en "La escala social" todas las clases sociales. En cambio, se insiste demasiado en los antecedentes, por ejemplo, de la historia de las artes en la República Restaurada, sin duda por la razón que apuntamos antes.

Las citas no son siempre bastantes, pues se reducen a consignar las fuentes de cada subtítulo, siendo así que algunas deberían ser individuales —como suele hacerse en las obras históricas cuando lo desconocido, novedoso o controvertido de la materia lo requiere.

Hay, por último, en la "Tercera llamada particular", p. xxviii, un párrafo de fuerte acento político y anacrónico. Dice: "Y el [partido] conservador, por su parte, desalentado con la derrota militar, abrumado con el sambenito de traición a la patria y sin duda poco dispuesto a actuar ahora democráticamente —tan enemigo había sido de la democracia—, renunció a obrar de manera organizada..."

El "sambenito de traición a la patria" fue un arma poli-

tica de entonces, que usaron los dos partidos, el uno contra el otro, y que debe suprimirse en pro de la "unidad nacional". En el fondo, y en general, tan patriotas fueron los unos como los otros, al buscar diversas soluciones al que parecía insoluble problema político nacional. Conservadores y liberales se mostraron por igual renuentes a la solución del Segundo Imperio, hasta que se consideró sin peligro la independencia nacional. Entre los primeros, sus principales jefes: Zuloaga, Miramón, Márquez. Después, muchísimos individuos de los dos partidos se hicieron imperialistas. Liberales fueron los colaboradores de Maximiliano en los dos primeros períodos de su gobierno, ya que Maximiliano era liberal ciento por ciento, y rechazaba sistemáticamente a "los canchales". En cuanto al número de las rendiciones de militares y guerrilleros republicanos —muchos de los cuales sirvieron al Imperio—, puede verse una larguísima lista en mi *Historia de México* (t. 3, p. 313). "Don Manuel Payno —dice Bulnes—, comisionado por el gobierno liberal de 1867 para estudiar lo relativo a las cuentas del Imperio, encontró 104,000 solicitudes de empleo. Payno quiso publicar la lista de los solicitantes, y, según él contaba, don Sebastián Lerdo de Tejada se lo prohibió diciéndole: «Si publica Ud. esa lista, nos quedamos sin partido liberal»" (*El verdadero Juárez*, ed. de 1951, p. 463).

En plena lucha expuso objetivamente la cuestión un conservador, don Alejandro Arango y Escandón: "Los partidos políticos mexicanos han probado con sus obras que no estiman suficientes los recursos de la nación para hacer, no ya que prospere, mas que viva siquiera. Los hombres del partido conservador juzgaron que solicitar una alianza con Europa ofrecía ventajas sin riesgo alguno: de ella ha resultado la monarquía. Los hombres del partido liberal solicitaron y han obtenido, a su vez, el apoyo de los Estados Unidos, harto más eficaz por lo visto que el de Europa. Yo no descubro traición ni en uno ni en otro pensamiento; pero en el del partido liberal me parece que hay inmensos riesgos para mi país..." (BRAVO UGARTE, *Hist. de Méx.*, t. 3, p. 333).

Mal fundado está también el otro cargo, el de que el parti-

do conservador era enemigo de la democracia. Nunca fue ése —sino el de las reformas religiosas— el punto de discusión con sus contrarios. Se decepcionó, sí, de la democracia tal como se practicaba en México, y quería darle otras bases. A eso se refiere la carta de Alamán a Santa-Anna, que dice: “Estamos decididos contra la federación, contra el sistema representativo por el orden de elecciones que se ha seguido hasta ahora; contra los ayuntamientos electivos y contra todo lo que se llama elección popular, mientras no descansa sobre otras bases” (*ibid.*, p. 209).